

## 9—La relación del ministro con la Palabra de Dios

LEAMOS 2 Timoteo 4: 1-11. Aquí se nos presenta la obra del que enseñará las Escrituras ante los demás. Esta es una responsabilidad solemne, y todos los que se comprometan a hacerla deben ser hombres y mujeres de oración. No basta con que el pastor vaya al pulpito y presente un mensaje basado en Biblia. Su labor apenas ha comenzado. Hay una labor pastoral que debe ser hecha, y esto significa que hay que reprender y exhortar con toda paciencia y doctrina; es decir, el pastor debe presentar la Palabra de Dios a fin de mostrar cuáles son nuestras deficiencias. Si hay algo en el carácter de los profesos seguidores de Cristo, la responsabilidad debe recaer sobre el pastor, que no debe enseñorearse sobre los herederos de Dios. Tratar con las mentes humanas es la obra más hermosa que jamás ha sido encomendada al hombre mortal.

---

Sermón predicado en la Iglesia Adventista del Séptimo Día de Des Moines, Iowa, el 1º de diciembre de 1888. Manuscrito 13, 1888.

Habrán prejuicios y muchas otras cosas que obstaculizarán el camino del ministro. Se encontrará con corazones que nunca fueron subyugados durante su niñez; que nunca se les ha llamado la atención ni han sido controlados. Por lo tanto, al lidiar con esas mentes cuando necesiten amonestación, el siervo de Dios tendrá que revestirse con el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús para reprender con toda paciencia y tener éxito en esta obra. Si camina humildemente con su Dios, reconocerá que cada alma por la cual ha trabajado ha sido comprada por la sangre de Cristo; que nuestro querido Salvador la consideró de tal valor que no rehusó darse a sí mismo, sino que entregó su vida para que todo ser humano pudiera tener una provisión, un tiempo de prueba; para que cada hombre y mujer pudiera reflexionar en los asuntos de interés eterno, los analizara cuidadosamente, con mucha atención, y entonces evaluara si le conviene o no edificar para la vida eterna.

En el pasaje que hemos citado el apóstol presenta un sagrado cometido a todos los ministros del evangelio. Les insta delante de Dios y del Señor Jesucristo, que ha de juzgar a los vivos y a los muertos, a predicar la Palabra. El pastor no debe manifestar preferencia por las profecías y las secciones más controvertidas de las Escrituras, sino por las enseñanzas más grandes e importantes que nos ha dado Jesucristo mismo. Si nos familiarizamos cabalmente con las doctrinas de Jesucristo seremos capaces de ganar almas para el Señor, poseeremos el amor de Cristo en nuestros corazones y veremos que no podemos hacer nada sin él. Cristo dice: «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho» (Juan 15: 7).

No basta que meramente presentemos las Escrituras, sino que más bien Palabra de Dios debe morar en nosotros. Cristo dijo que a menos que «coman mi carne y

beban mi sangre, no tendrán parte conmigo. Ninguno, excepto los que comen mi carne y beben mi sangre, tendrá vida eterna» (Juan 6: 53-56). Luego explica el significado de esta declaración al afirmar que «la carne para nada aprovecha; el Espíritu es el que da vida» (vers. 63). Jesús dice que su carne es verdadera comida y verdadera bebida; por lo tanto, no podemos tan solo abrir la Biblia, leerle algo a la gente y luego bajar de la plataforma sin llevar la carga de las almas con nosotros.

Dios espera que los ministros del evangelio sean cada vez más eficaces. Espera que obtengan más poder mediante la oración, que lleguen a ser más diestros en el manejo de la Palabra de Dios, creciendo continuamente en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Cuanto más piensen y hablen de Cristo, más meditarán en el bendito Salvador y en la Palabra que él les ha dado para que la obedezcan y más reflejarán la imagen de Jesucristo. Al hacerlo serán partícipes de la naturaleza divina, pues han huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de las pasiones.

Recuerden esto: «Habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de las pasiones». Si estamos dispuestos a enseñar la verdad con la manifestación del Espíritu y con poder, hemos de ser hombres y mujeres de oración. Tenemos que buscar insistentemente a Dios, y como ministros de Dios que predicamos el evangelio deberíamos integrar esas grandes verdades en nuestras vidas cotidianas, mostrando que somos ejemplos vivos de lo que predicamos, que estamos practicando la santidad en nuestra vida diaria. Entonces, por dondequiera que vayamos seremos un poder transformador.

Hay algunos que únicamente tienen poder mientras están en el púlpito y no más allá. Por esta razón su influencia es como el rocío de la mañana que desaparece cuando el sol calienta, no queda nada. Sin embargo, si el predicador integra la Palabra a su vida, si está comiendo y bebiendo de la sangre y la carne del Hijo de Dios, entonces es participante con Cristo, es participante de la naturaleza divina. Así como la rama está unida a la vid viviente, él está bebiendo la savia y el alimento de la Vid Verdadera, y esto se verá por dondequiera que vaya.

Veamos lo que la Palabra de Dios continúa diciendo: «Yo ya estoy próximo a ser sacrificado. El tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida» (2 Tim. 4: 6-8).

Bien, tenemos un incentivo día y noche para ser fieles. Aquellos a los que Dios nos ha confiado responsabilidades sagradas hemos de ser fieles y, si somos fieles, el Dios del cielo nos declarará dignos de la vida eterna y nos otorgará esa corona de justicia que está preparada para los que finalmente serán vencedores.

## **Comprensión limitada**

Quizá haya algunos que suponen que con su opinión limitada son completamente capaces de tomar la Palabra de Dios y decidir qué es inspirado y qué no lo es. Mis hermanos en el ministerio, quiero amonestarlos para que salgan de ese terreno. «Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es». No hay ningún ser finito que esté vivo en este momento, independientemente de quién sea y qué puesto ocupe, al que Dios haya autorizado a entresacar y escoger en su Palabra.

Es cierto que el apóstol ha dicho que en las Escrituras hay algunas cosas que son difíciles de entender; sí, las hay. Y si no fuera porque hay temas difíciles y complejos, bien podría el escéptico, que ahora argumenta que Dios ha dado una revelación que no puede ser entendida, digo yo, tener todavía mayores argumentos. La infinitud de Dios es tan grande que resulta imposible que el ser humano pueda comprender el misterio de la piedad.

Los ángeles de Dios contemplaron atónitos a Cristo, que tomó la forma de hombre y humildemente unió su divinidad con la humanidad para poder ministrar a los hombres caídos. Esto llenó de asombro a los ángeles del cielo. Dios nos ha dicho que él lo hizo, y debemos aceptar la Palabra de Dios al pie de la letra.

Aunque podamos tratar de razonar sobre nuestro Creador, desde cuándo ha existido, dónde entró primero el mal en nuestro mundo, y todas esas cosas, podríamos incluso caer desfallecidos y exhaustos por causa de nuestra investigación y todavía habrá un infinito más allá. No podemos llegar a comprender estos temas. Por lo tanto, ¿habrá quien se atreva a tomar la Biblia y decir que esta parte es inspirada y aquella otra no lo es? Preferiría que me arrancaran ambos brazos antes de hacer una declaración o emitir una opinión respecto a qué es inspirado y qué no lo es en la Palabra de Dios.

¿Cómo podría el ser humano finito saber algo de eso? Debe tomar la Palabra de Dios al pie de la letra, luego aceptarla tal como es, incorporarla en su vida y entretejerla en su carácter. En la Palabra de Dios se encuentra claramente revelado todo lo que concierne a la salvación de los hombres. Y si tomamos esa Palabra y la asimilamos de la mejor manera posible, Dios nos ayudará a entenderla.

Aquellos que no cuentan con la ayuda especial del Espíritu de Dios considerarán que muchos pasajes de la Biblia son muy difíciles de comprender, pues sus mentes carecen de la iluminación divina. No debemos acudir a la Palabra de Dios para exaltar nuestra propia conducta, o nuestra propia voluntad, o nuestras propias ideas, sino que hemos de venir a ella con un espíritu dócil, humilde y santo.

Nunca traten de escudriñar las Escrituras a menos que estén listos a escuchar, a menos que estén dispuestos a aprender, a menos que quieran atender a la Palabra de Dios como si la voz divina les estuviera hablando directamente por medio de estos oráculos vivientes. Jamás permitan que un ser mortal juzgue la

Palabra de Dios o dictamine cuánto de ella es inspirado y cuánto no es inspirado, o que tal porción es más inspirada que otras porciones. Dios les amonesta a abandonar ese terreno. Dios no les ha encomendado semejante tarea.

Necesitamos mantenernos apegados a la verdad para nuestro tiempo, la verdad presente. Ahora tenemos que conocer cuál es la verdad. Afirmamos creer en el mensaje del tercer ángel; decimos que el ángel volaba en medio del cielo proclamando los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Esta fue la proclamación. ¿Escucharon ustedes su voz? ¿Les habló de tal manera que pudieron escuchar ese mensaje? ¿Lo escuchó el mundo? ¿Le prestó atención? ¿Quiso escuchar? ¿Lo escuchará alguien? Sí, los que han estado caminando paso a paso mientras Jesús indica el camino. Y cuando Cristo pasó del lugar santo al lugar santísimo del santuario, por la fe entramos con él, entendiendo su obra, y luego presentando al mundo el último mensaje de misericordia que ha de predicarse. ¿Cuál es este mensaje? Es el mensaje que preparará al pueblo para la segunda venida del Hijo del hombre. Es la gran obra divina de preparación de Dios. Por tanto, cada ministro de Jesucristo debe hacer de esto su plan de acción en su trabajo, celo y vivo interés, y realizar arduos esfuerzos por enseñar la verdad que es para este tiempo, la cual será el último mensaje de misericordia para nuestro mundo. Por esta razón, no podemos dormir, no podemos ser indiferentes; tenemos que trabajar por las almas valiosas de hombres y mujeres que viven en nuestro alrededor; tenemos que trabajar con toda nuestra fuerza, porque el Señor viene.

Los verdaderos obreros estarán agobiados, oprimidos en espíritu y se sentirán como se sintió Cristo cuando lloró por Jerusalén. Cuando contemplan la perversidad y la impiedad, cuando ven que la gente no quiere escuchar la Palabra del Señor, se sentirán como él se sintió cuando exclamó: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!» (Mat. 23: 37). Estas son preciosas invitaciones de misericordia, y aunque las proclamamos y tratamos de dejar que la luz se refleje sobre un mundo en tinieblas, quizá no podemos ver que los rayos de luz están penetrando en todos los lugares. Quizá no podemos percibirlo. Pero es así si llevamos la luz y estamos imbuidos del espíritu correcto. Deseamos tener el espíritu correcto y queremos trabajar en Cristo y tener a Cristo constantemente con nosotros.

### **Discusiones con un propósito**

En 2 Timoteo 2: 11-14 leemos: «Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él; si lo negamos, él también nos negará; si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo. Recuérdales esto, exhortándolos delante del Señor a que no discutan sobre palabras, lo cual para nada aprovecha, sino que es para perdición de los oyentes».

¿Qué significa esto? Significa que podría haber disputas en cuanto a palabras e ideas, pero estas deberían servir para quebrantar la obstinación y la oposición que hay en los corazones humanos, para que sus espíritus sean enternecidos y subyugados. De ese modo cuando las semillas de la verdad sean sembradas en el terreno del corazón podrán echar raíces allí. No sabemos qué prosperará, si esto o aquello; Dios es el único que da el crecimiento. Por lo tanto, hemos de trabajar incluso cuando estemos desalentados. Pero necesitamos trabajar en Cristo. La vida debe estar escondida con Cristo en Dios. Y como la obra del pastor es cuidar el rebaño de Dios, hay advertencias que deben ser tomadas en cuenta: «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra» (vers. 15). Esta es una gran tarea; es una gran responsabilidad. No es para procurar la alabanza de los hombres, no es para contemplar a algún ser mortal, sino que hemos de contemplar a Dios y fijar nuestra vista únicamente en su gloria.

Si lo contemplamos, ciertamente el Señor nos ayudará. Nos dará su gracia que nos fortalecerá; nos dará fortaleza para salir llorando, si fuera necesario, a llevar la preciosa semilla, y sin duda regresaremos con regocijo, trayendo nuestras gavillas. Eso es lo que necesitamos. Necesitamos traer gavillas al Maestro. Necesitamos reconocer que somos misioneros, dondequiera que estemos, en el más elevado sentido de la palabra. Hay una gran obra delante de nosotros. Necesitamos agudeza mental, crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, crecer a la estatura plena de hombres y mujeres en Cristo Jesús.

### **Cuidar a los nuevos creyentes**

¿Y ahora qué? Pues, hemos de presentar a todo ser humano aprobado en Cristo Jesús. Esa es nuestra obra; y cuando los hombres y mujeres acepten la verdad, no debemos alejarnos y abandonarlos sin sentir ninguna preocupación por ellos. Ellos deben ser atendidos; han de ser llevados como una carga sobre el alma; debemos velar por ellos como mayordomos que habrán de rendir cuenta. Además, cuando ustedes hablen a la gente, den a cada uno su ración de alimento a su debido tiempo, ustedes necesitan estar en una posición que les permita alimentarlos.

La Palabra de Dios es rica. Ella contiene las valiosas minas de verdad, y podemos excavar para buscar la verdad y encontrar valiosos tesoros escondidos. Compramos un terreno, después de comprarlo escuchamos que allí está enterrada una gran fortuna; así que comenzamos cuidadosamente a remover cada parte de ese terreno hasta que hayamos encontrado las preciosas joyas.

Aquí está el huerto de Dios. Aquí está la preciosa Palabra, hemos de tomar esa Palabra y estudiarla detenidamente. Estudien sus páginas a fondo y adopten una actitud donde puedan recibir los divinos rayos de luz provenientes de la gloria y reflejarlos en aquellos que nos rodean. Dios desea que mostremos el fruto de nuestro conocimiento de las Escrituras. Cuando ustedes vayan a sus campos de

labor, en verdad pueden sentir que son débiles, pero no están tratando temas de poca monta. Están abordando asuntos de trascendencia eterna. Han de estudiar y escudriñar las Escrituras por ustedes mismos. Deben excavar en esta mina todo el tiempo, la «exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los sencillos» (Sal. 119: 130).

La naturaleza humana puede escudriñar la Biblia, estudiar sus páginas y ser capaz de contemplar su belleza. Sin embargo, la búsqueda no le aprovechará para nada, a menos que la haga con un corazón humilde, con un espíritu de oración y se aferre a esa Palabra con reverencia y abra sus páginas con oración a fin de que la Palabra llegue a lo más profundo del corazón. No basta con simplemente leerla, sino que debe penetrar, debe tomar dominio del alma y poner nuestro espíritu en sujeción al Espíritu de Dios.

Cuando este proceso transformador se haya completado, entonces sabremos que ustedes son hombres poderosos en las Escrituras, pues pueden pararse delante del pueblo y presentarle a Cristo crucificado. Sabremos que han estado bebiendo en la Fuente Viva, sabremos que han estado bebiendo de esa Fuente, la cual es Cristo, que brota para vida eterna. Así que las palabras que pronunciarán serán las adecuadas. No serán palabras vanas que brotan con un tintineo solo para agradar a la gente. No, todo esto tiene que evitarse. Deberían obviar todo lo que sea así. Necesitan estar en una posición donde la bendita verdad de origen celestial tenga una influencia transformadora sobre la vida y sobre el carácter.

Ahora veamos lo que dice en Filipenses 2: 12: «Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no solamente cuando estoy presente, sino mucho más ahora que estoy ausente, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor».

No hay ningún descuido aquí; no hay indolencia; no hay indiferencia; todos nosotros hemos de ocuparnos en nuestra propia salvación con temor y temblor. ¿Por qué? Veamos: «Por tanto, amados míos [...] ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor». Por lo tanto, entonces, dirás: «¿Tengo que ir temiendo y temblando todo el camino?». Sí, en un sentido, pero no en otro.

Delante de ustedes está el temor de Dios; pero también se encuentra el temblor, no sea que se aparten de los consejos de Dios. Tienen que ocuparse constantemente de su salvación con temor y temblor. ¿Y eso es todo? No. Veamos cómo podemos recibir el poder divino: «Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (vers. 13). Aquí se presenta la obra que nos corresponde a nosotros y la que le concierne a Dios. Hemos de trabajar en colaboración con Dios. No podemos realizar esta obra sin la ayuda del poder divino.

El Señor no nos toma con las inclinaciones y deficiencias propias de nuestra naturaleza, y nos coloca de inmediato frente a la luz de su faz. No, hemos de hacer nuestra parte, ocuparnos en nuestra propia salvación con temor y temblor, Dios produce en nosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad.

Mediante la combinación de estos dos poderes, alcanzaremos la victoria y finalmente recibiremos la corona de vida. Ahora contemplamos un cielo lleno de gozo y el eterno peso de gloria que se extiende delante de nosotros, y tememos perderlos, no sea que al dejar de confiar en la promesa, no los alcancemos. No podemos darnos el lujo de perderlos. Anhelamos ese cielo de felicidad, y empleamos a fondo todas las facultades de nuestro ser para obtenerlo. Utilizamos todas nuestras facultades al máximo. Utilizamos todo nervio y músculo espiritual para obtener el éxito pleno en esta labor y de esa forma alcanzar el valioso galardón de la vida eterna.

¿Qué haré? Cuando el mundo ve que tenemos un gran anhelo, algo que no se ve, pero que por la fe se convierte en una realidad viva, entonces se siente motivado a investigar. La gente descubre que hay algo que vale la pena, porque se ha dado cuenta que esta fe ha producido un maravilloso cambio en nuestra vida y en nuestro carácter.

Ha ocurrido una transformación, eres una persona diferente. No eres la misma persona impetuosa que solías ser. Ya no eres el mundano de antes, el que cedía a la lujuria y a las malas pasiones, a la crítica y a la murmuración. No eres así en lo absoluto porque has sido transformado. ¿Qué ha sucedido? Que la imagen de Cristo se refleja en ti. Entonces reconoces hay un grupo que estará de pie sobre el monte Sion y tú deseas ser uno ellos, y estás decidido a formar parte de ese grupo. Leamos Apocalipsis 14: 1-3.

¿Por qué fueron especialmente elegidos los 144,000? Porque se colocaron a favor de la verdad ante el mundo, y recibieron el rechazo de este; y mientras fueron rechazados recordaron que eran hijos e hijas de Dios y que tenían a Cristo, la esperanza de gloria, formado en su interior. Ellos habían de mantener siempre presente la grande y bienaventurada esperanza que está ante ellos. ¿Qué es? Es un eterno peso de gloria. Nada podría sobrepasarlo.

### **La Palabra de Dios no debe ser recortada**

Pablo tuvo una visión del cielo, y al contemplar las glorias celestiales, lo mejor que pudo hacer fue no tratar de describirlas. Nos dice que ningún ojo había visto, ni ningún oído había escuchado, ni ninguna mente humana ha concebido las cosas que Dios ha preparado para los que le aman. De modo que ustedes pueden llegar al límite de su imaginación, pueden usar al máximo sus facultades a fin de abarcar y analizar el eterno peso de gloria; sin embargo, sus sentidos limitados, desfallecientes y cansados por el esfuerzo, no podrán captarlo porque hay un infinito más allá. Se necesitará toda la eternidad para desenrollar las glorias y revelar los preciosos tesoros de la Palabra de Dios

No permitan que nadie acuda donde ustedes y comience a despedazar la Palabra de Dios diciendo qué es revelación, qué es inspiración y qué no lo es, sin que lo reprendan. Díganles sencillamente que ellos no saben, que no son capaces de comprender el misterio de Dios. Lo que deseamos es inspirar fe. No deseamos

que nadie diga: «Esto lo rechazaré, y esto lo recibiré». Debemos tener una fe incondicional en la totalidad de la Biblia tal como es.

Los exhortamos a que tomen sus Biblias, pero no pongan una mano sacrilega sobre ella y digan: «Esto no es inspirado», sencillamente porque otro lo ha dicho. Ni una jota ni una tilde jamás deben ser sacadas de la Palabra. ¡No lo hagan, hermanos! No toquen el arca. No pongan sus manos sobre ella, dejen que la mueva Dios. Él puede hacerlo, y lo hará de tal manera que obrará nuestra salvación. Queremos que Dios tenga libertad para actuar. No queremos que lo traben las ideas del hombre.

Conozco algo de la gloria de la vida futura. En cierta ocasión una hermana me escribió para preguntarme si podía contarle algo acerca de la ciudad de nuestro Dios, además de lo que tenemos en la Palabra. Me preguntó si yo podía describirle cómo era la ciudad. Le escribí que yo podía decirle lo siguiente: «Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es». «No, —le dije—, usted no puede pintar, no puede describir, ni siquiera la lengua de un mártir puede presentar detalle alguno de la gloria de la vida futura; pero le voy a decir lo que usted sí puede hacer: Puede proseguir “a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”, puede morir al yo, puede procurar crecer hacia la perfección del carácter cristiano en Cristo Jesús”. Esa es nuestra tarea; pero cuando los hombres comienzan a inmiscuirse y a meter la cuchara en la Palabra de Dios, les pido que no lo hagan, pues no saben lo que están haciendo.

Pero he aquí el grupo. Juan lo ve y se maravilla por la magnificencia de la escena. El relato retrocede al capítulo anterior. No lo leeré, pero describe el momento cuando el Cielo envía un mensaje a los hijos de los hombres y ellos comienzan a aceptarlo, y siguen al Cordero paso a paso hasta que entran al santuario, son redimidos y están de pie con el Cordero sobre el monte Sion. Entonces se explica por qué su cántico era tan diferente de todos los demás. Era un cántico nuevo. Y continúa declarando que «en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios».

Ahora, hermanos, solo vemos lo que está frente a nosotros. Si tenemos lenguas ingobernables, y ellas hablarán, necesitamos corregirlas. ¿Cómo lo haremos? Sigamos al Cordero. Sigamos las pisadas de Cristo. Necesitamos santificar nuestra conversación. No deseamos impurezas en nuestros labios; no deseamos contaminación en nuestros corazones; no deseamos nada que nos contamine. Anhelamos manos limpias y corazones puros, y requerimos mantener nuestras mentes constantemente despiertas.

Estamos totalmente satisfechos. Muchos de nuestros pastores son tan débiles como niños de cuna. Entienden la teoría de la verdad, pueden presentarla muy bien, pero cuando se trata de ocuparse en su propia salvación con temor y temblor, si encuentran un pequeño obstáculo comienzan de hablar de dudas y desánimo, en un tono desconsolador. Descubriremos que ellos tropezarán con



obstáculos tan pequeños que ni siquiera deberían tomarlos en cuenta. Eso es terrible.

### **Necesitamos tener la mente de Cristo**

Lo que necesitamos es poseer el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús, nuestro Señor. Y cuando tengamos ese sentir, podremos decir junto con el apóstol que no hemos de mirar a las cosas que se ven, sino que debemos apartar la vista de ellas, puesto que son temporales; pero las que no se ven son eternas. Por tanto, hemos de mantener nuestras mentes fijadas en los asuntos celestiales, en el eterno peso de gloria. En ello debemos pensar y hablar.

Si como seres racionales tan solo meditáramos que delante de nosotros hay un cielo que obtener y un infierno que rehuir; si mantuviéramos eso en mente, ¿creen ustedes que permitiríamos que los afanes terrenales debiliten todo nuestro fervor religioso? No tendremos que preocuparnos por estas cosas por mucho tiempo. Pasamos por este mundo como peregrinos y extranjeros. Dentro de poco depondremos nuestra armadura a los pies de nuestro Redentor. Debemos prepararnos para dicho acontecimiento. Necesitamos que nuestras acciones, nuestras palabras y nuestros pensamientos estén en lo correcto, porque todos nosotros ejercemos una influencia para bien o para mal.

Aquí está mi familia que será santificada por mi correcto testimonio. Si he hablado palabras profanas, si he tenido labios engañosos, si he sido iracunda y ruda, entonces desmiento la verdad que afirmo creer. Por tanto, no estaré entre quienes actúan así. Tendré mi boca limpia y mi lengua santificada. Tendré mi corazón santificado, no aceptaré un rumor contra mi hermano, porque la Palabra de Dios dice que el que admite reproche alguno contra su prójimo no morará en el monte del Señor (ver Salmo 15: 3). Por lo tanto, tengo que tener manos limpias y un corazón puro, porque quienes lo tengan son los que estarán en el monte del Señor. Quiero formar parte de ese grupo que estará en el monte del Señor. No hace ninguna diferencia en mi carácter si alguien piensa mal o bien de mí. No me afecta, pero les afectará a ellos. ¡Qué Dios nos ayude para que podamos ir a ese lugar donde podremos apreciar estas cosas!

Deseamos establecer el altar familiar y llevar a nuestros hijos allí, a la presencia de Dios, con oración fervorosa, así como el pastor lo hace con su congregación cuando está al frente de ella. Cada padre debe recordar que ha sido colocado como cabeza de la familia para que ofrezca un sacrificio de gratitud y de alabanza a Dios, y que presente esos hijos a Dios y procure que su bendición descansa sobre ellos. El padre no debe descansar hasta que sepa que ellos son aceptados por Dios, hasta que sepa que son hijos que pertenecen al Altísimo. Aquí hay una tarea para la madre. ¡Qué responsabilidad descansa sobre ella! ¿Acaso consideramos y nos damos cuenta que la mayor influencia para recomendar el cristianismo a nuestro mundo es una familia cristiana bien ordenada y disciplinada? El mundo ve que ellos creen en la Palabra de Dios.

